PUBLICACIONES
DE
Prensa Gráfica

ĭovela Semana



morias de
vagón de
rocarril--
or Eduardo
macois ~~~

4-1/12562-33

LA NOVELA SEMANAL

AÑO I 9 DE JULIO DE 1921 NÚM 8

Memorias de un vagón de ferrocarril

Novela de Eduardo Zamacois

ILUSTRACIONES DE R. MARIN

PRENSA GRÁFICA
HERMOSILLA, 57 - MADRID

Memorias de un vagón de ferrocarril

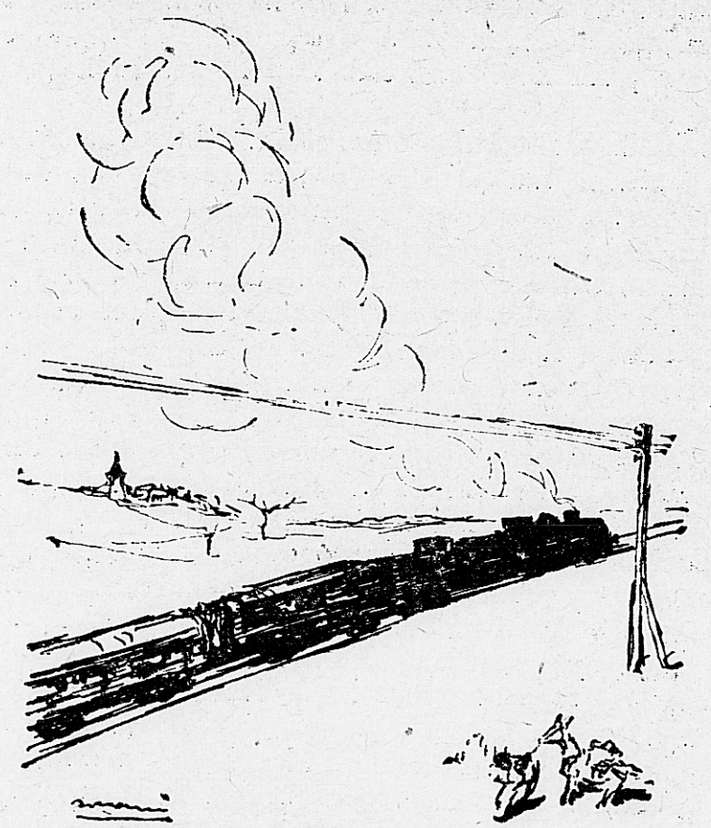
I

Nací, por fortuna mía, vagón de primera clase, y mi ejecutoria acredita la nobleza y distinción de mi origen. En las buenas estaciones provincianas, y más aún en las fronterizas, donde abundan los tipos cosmopolitas acostumbrados á viajar, mi aspecto prócer y la pátina obscura que me dieron de una parte mis barnizadores y de otra la intemperie y el polvo de los caminos, dicen mi largo historial vagabundo y atraen la curiosidad de las gentes.



Soy francés, de Saint-Denis, pero fuí construído con materiales oriundos de diferentes países, y esta especie de protoplasma internacional —llamémoslo así— de que procedo, unido á mi vivir

errático, no me permiten sentir fuertemente ese «amor» á la patria en cuyo nombre la ciega humanidad se ha despedazado tantas veces. La Compañía que me trajo á España pagó veinte mil duros por mí. Casi todo mi cuerpo es de durísima caoba, pues únicamente ciertos adornos y detalles son de roble, y me cubre una tablazón de «teak», madera muy semejante al pino, que viene de los bosques del Norte y posee la virtud de ser inaccesible á los cambios atmosféricos. Mi peso neto, quiero decir, cuando estoy vacío, excede de treinta y dos toneladas. Tengo más de veinte metros de longitud y tres metros y cincuenta milímetros de altura. Durante muchos meses, ebanistas, tapiceros y cristaleros habilísimos trabajaron en mi fabricación, y sus manos diestras me infundieron una rara armonía de proporciones. Soy ancho, cómodo, y, no obstante la gravedad de mi armazón, tiemblo ágilmente, con sacudidas perceptibles apenas, sobre mi rodaje de cuatro ejes. Las letras A. A. que exornan mis portezuelas pregonan mi alcurnia, pues entre los vagones de «primera clase» hay dos categorías, y yo pertenezco á la mejor. Todo, dentro de mí es bello y blando, acariciador, femenino: los asientos, que fácilmente pueden convertirse en camas; los almohadones mullidos; la curvatura de los respaldos, propicia al descanso, las cortinillas, que modifican la luz solar; los tubos de la calefacción; los timbres de alarma; los espejos biselados que decoran mi tránsito; el silencio y precisión con que las puertas se cierran y ajustan á sus marcos... Todo, en fin, acusa en



mí un alma «de hogar». En invierno, especialmente, y de noche, cuando el frío escarcha los cristales y la máquina me envía en oleadas generosas su calor, y todos los viajeros dormitan recogidos en sus butacas, y las manos de los ena-

morados se buscan ladinas bajo las mantas, entonces mis compartimientos parecen alcobas sobre cuya tonalidad gris mis linternas medio cerradas, semejantes á párpados cargados de sueño, vertiesen una casi imperceptible llovizna de luz.

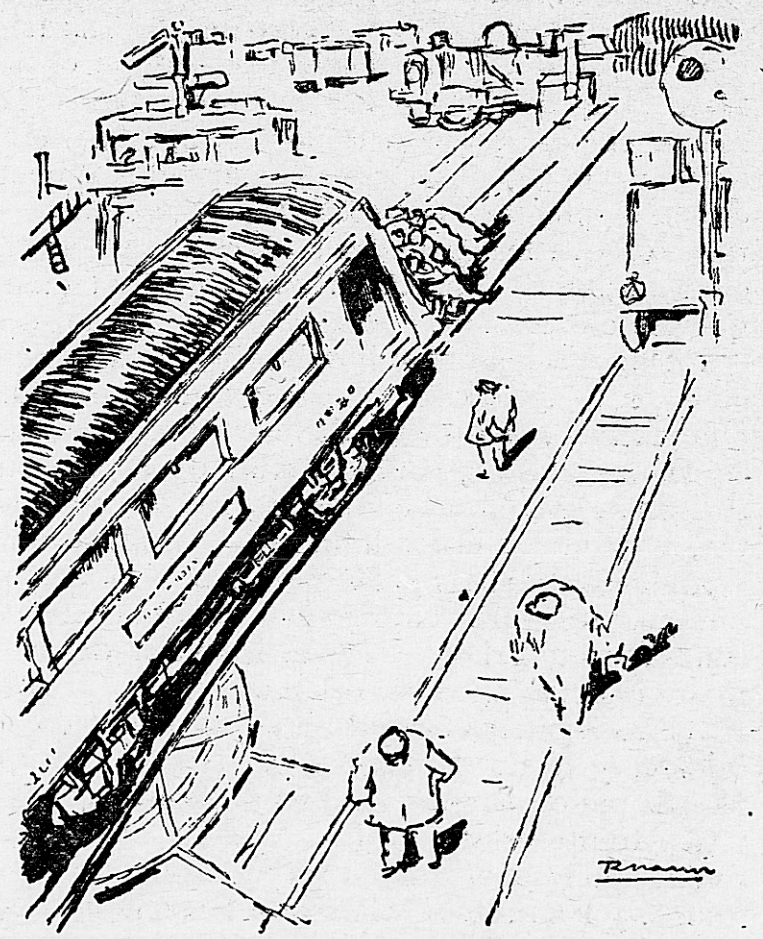
¡Bello y rotundo contraste!... Afuera, el movimiento, la lucha, el peligro, el fragor trepidante de los puentes, el estrépito ensordecedor de los túneles, la lluvia, la nieve, los vientos helados, la interminable conquista de la tierra; y dentro de mí, la paz, el reposo, el bienestar de las actitudes cómodas, el aire tibio. ¡Ah! Cuando me escucho vivir así, con vida tan plena, pienso que yo, todo «mi yo», acogedor y bueno, es un corazón.

Demasiado adivino la sorpresa que estas confesiones mías han de producir.

—¿Cómo?—exclamarán los hombres— ¿Es posible que los objetos ó cuerpos que siempre tuvimos por inanimados gocen de una vida consciente y razonadora, análoga á la nuestra?...

Sí; y yo procuraré explicar cómo la idea de que «soy», la convicción precisa de que «existo», nacieron en mí.

La Vida y la Muerte son los dos gestos, las dos máscaras de una fuerza única, y la Creación como una serpiente de tres anillos correspondientes á los tres reinos de la Naturaleza. Ante las victorias de la física y la biología, los nudos más apretados del Supremo Misterio se aflojan, y poderes insospechados aparecen timoneando el dinamismo de los átomos. Nada se pierde, nada es estéril, y todo, hasta el ruido levísimo

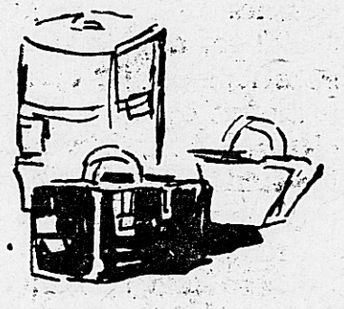


que una hoja seca produce al caer, repercute en el Cosmos, porque un movimiento que concluye es otro movimiento que empieza. ¿Quién no oyó hablar del vigor «intraatómico» de los cuerpos?... ¿Conocéis lo que la psicometría enseña acerca

de las «emanaciones de alma ó de pensamiento» —digámoslo así—que los seres vivos dejan en los objetos que parecen muertos? ¿Habéis leído algo respecto á la capacidad que—según el profesor Russell—tienen las maderas, particularmente el pino escocés, la encina, el haya, el sicomoro y el ébano, de impresionar «en la obscuridad» las placas fotográficas?... ¿Y no sabemos también que los grabados en acero, transcurrido cierto tiempo, comunican su imagen al cristal que los cubre?...

En un día lejano, el hombre llegará á la posesión de lo Absoluto; y ese día la humanidad comprenderá la canción de los ríos y el lenguaje de las montañas. ¿Cómo dudar de la Ciencia? Edison sujeta en un cilindro la voz de los muertos, y gracias á él los labios que ya no se mueven siguen hablando; Marconi lanza la palabra humana sobre los mares sin necesidad de hilos conductores; Friesse Greeve, inventor del cinematógrafo, se apodera del movimiento y lo inmoviliza—¡oh, paradoja!—en una cinta de celuloide, y Curie demuestra científicamente que Moisés pudo aparecer ante su pueblo con la profética frente orlada de luz. Y si las vibraciones sonoras se inmovilizan en los discos de los fonógrafos, y las investigaciones de Russell prueban que los objetos dejan su imagen en lo que les rodea—lo que serviría para explicarnos el misterio triste de los viejos espejos—, ¿por qué asombrarse de que yo haya recogido algo de la vida de los incontables millares de personas que vivieron en mí?...

No sabría determinar exactamente en qué momento mi personalidad comenzó, pues mi conciencia surgió como en los niños: por grados insensibles. Cuando me sentí separado de los cuerpos que me circundaban y distinto á ellos; cuando la idea del «Yo» me iluminó, semejante á una antorcha, ya me encontré montado sobre los recios mecanismos de ejes, ruedas, cojinetes y frenos, con que había de caminar después, y las entrañas capitales de mi forzudo corpachón, así como la techumbre y las ventanas, hallábanse ensambladas y concluídas. Evidentemente—no puedo explicarlo de otro modo—los dedos inteligentes de los herreros y carpinteros que me construyeron, minuto á minuto fueron dejando en mí latidos de pensamiento y temblores de carne. Cada martillazo que me asestaban, era como un llamamiento que hacían á mi sensibilidad, embotada aún; los cepillos que pulían mi tablaje me elegantizaban, y los tornillos de bronce con que aseguraban mis miembros eran como ideas que fuesen clavándose en mí.



Durante el impreciso amanecer de mi pensamiento, aquellos obreros me eran aborrecibles. Les odiaba. Muy de mañana ocho ó diez de ellos penetraban en mí, armados de diversos instru-

mentos de tortura: éstos esgrimían una sierra, aquél un escoplo, éstotro un berbiquí, un formón, una repasadera ó un martillo. El serrín, que es mi sangre, lo ensuciaba todo. Mis verdugos, para ir encajando bien las diversas partes de mi armazón unas en otras, me mutilaban, me oprimían y atarazaban con terribles clavos. Las barrenas me traspasaban como remordimientos. Tundido á golpes, mi cuerpo vibraba, y á cada nuevo martillazo mis entrañas parecían romperse. Así, á fuerza de porrazos y de dolor, como la conciencia en los hombres, nació mi conciencia.

Luego, aquellos bruscos hombretones fueron substituídos por otros más silenciosos y pulidos, y menos crueles. Eran los ebanistas, los electricistas, los fumistas, los tapiceros, los cristaleros, los fontaneros, los broncistas, los pintores... Todos me raspaban, me limaban, me clavaban, me mordían; quien no me arrancaba una viruta, me quitaba una astilla; todos, en una palabra, me hacían daño; pero yo comprendía que asimismo todos me hacían bien, y esta convicción infundíame ánimos. El noble deseo de ser bello iba encendiéndome Yo era como esas mujeres que por parecer bonitas aceptan las peores torturas de la moda: el calzado estrecho, los sombreros pesados y enormes que paralizan en las sienes la circulación, los corsés que apenas permiten respirar...

De día en día reconocíame más completo, más adornado y hermoso, en fin; yo era como un cerebro que va llenándose de ideas. Cada uno de

aquellos obreros me daba una partícula de su alma; estos elementos inteligentes y vibrantes, llenos de radioactividad, se acoplaban unos á otros, y así mi espíritu, en estado de nebulosa todavía, iba surgiendo de la síntesis de todos ellos.

Al artístico prurito de ser bello, añadióse muy pronto otro de alcurnia moral superior: el de ser bueno, el de ser útil...

Desde el lugar en que estaba yo veía pasar, muchas veces al día, los trenes que llegaban ó salían de la próxima estación; y advirtiendo que todos aquellos vagones, fuesen de primera, de segunda ó de tercera clase, se parecían bastante á mí, deduje que en lo futuro mi misión sería, al igual de la suya, la de transportar gentes de unas ciudades á otras.

Cuando los cristaleros ocuparon el vano de mis ventanas con magníficos cristales de una pieza, vibré de júbilo.

—Ya tengo ojos—me dije.

Cuando los fumistas deslizaron á lo largo del corredor y bajo los asientos los tubos de la calefacción, y los tapiceros me alfombraron y llenaron mi interior de mollares colchonetas, pensé:

—Los que viajen conmigo ya no sentirán frío.

Y cuando me dotaron de «timbres de alarma», sentí el consuelo de no hallarme desamparado.

Y cuando el electricista me impuso los hilos milagrosos que reparten la luz, parecióme que dentro de mí acababa de entrar el sol.

Un día cesaron de martillear en mí y de añadirme adornos; mis fabricantes y «servidores», puedo denominarles así, barrieron y sacudieron

mi interior escrupulosamente, abrillantaron mis bronces, fregaron mis cristales hasta dejarlos tan impolutos que se confundían con el aire límpido, y engrasaron mis herrajes. ¡Divina juventud! Todo dentro de mí mostraba una alegría: el suave tinte gris claro de los asientos, la blancura de la sencilla labor de «crochet» que cubría los respaldos, las barras de acero de las redecillas destinadas á equipajes, los picaportes bruñidos, el barniz espejante de mis paredes, la densa alfombra roja y azul, que volcaba á lo largo de mi pasillo una lozanía de pradera...

Después unos hombres, colocados detrás de mí, me empujaron, y por primera vez...—¡oh, hechizo excelso de la «primera vez»!—mis ruedas giraron poderosas y calladas sobre los rieles brillantes. Un sol admirable de Junio encendía el paisaje. Según avanzaba, todo á mi alrededor comenzó á cambiar: cuanto hasta allí me fué familiar, empecé á verlo de otro modo, y nuevas perspectivas aparecieron ante mí.

La sensación de moverme, que todavía ignoraba, me produjo sorpresa y regocijo delirantes. Hasta entonces yo había estado quieto, y ahora me movía. ¡El movimiento!... ¿Qué es el movimiento?... Yo era en aquellos instantes el mismo que había sido, y, sin embargo, era «otro». Evidentemente los hombres que me empujaban me transmitían su fuerza.. ¡Luego la fuerza es algo capaz de separarse de la materia, ya que pasa de unos cuerpos á otros sin deformarlos!... ¡Luego si el espíritu es fuerza, puede gozar de un vivir independiente y aparte!...



Advirtiéndome desligado de la tierra, recibí la revelación de mi destino, que era el de andar, sin echar raíces nunca. Yo, mientras mi vida vagabunda durase, sería como una protesta, como una constante reacción contra la quietud de

aquellos árboles que me dieron su madera. Dentro de mí, ni los tornillos ni las caobas centenarias gemían; todo estaba bien acoplado y justo; nada sobraba, nada tampoco permanecía ocioso, y experimenté la vanidad de mi salud fuerte, de mi organismo bien constituído.

Continué avanzando hacia la vía principal que había de llevarme á la estación. Un fuerte estremecimiento de inquietud y de júbilo me sacudió. En torno mío, campos verdes inmensos, árboles..., ¡muchos árboles!, que bajo la ardiente lumbrarada del sol lucían cual esmeraldas sobre el zafiro celeste; y al fondo, muy lejos, muy lejos..., una procesión de montañas azules...

—Pronto—pensé—conoceré todo eso..., porque todo ello pasará junto á mí...

Sentíame vibrar, orgulloso, contento, dueño del mundo. Mi alegría, llena de vigor, era la del caballo de carreras que entra en un hipódromo.

II

Ha transcurrido mucho tiempo desde entonces, y mentiría si dijese que he sido feliz. La vida me maltrató bastante, y la realidad estuvo siempre en déficit doloroso con el ensueño. Vivir es echar á perder una ilusión.

Como nací aristócrata, detesto al populacho, en quien parece instintivo el amor á lo feo. Aborrezco á esos individuos desprovistos de cultura social y enriquecidos por una pirueta de la Fortuna, que ensucian con sus botas y con la grasa de sus meriendas la pulcritud de mis divanes, y tiran sus colillas encendidas, y escupen en la alfombra. ¡Oh! La primera vez que recibí un salivazo, hubiese querido morir, romperme en mil pedazos...

También soy caprichoso y un poco artista, y por serlo me molestan la fiscalización que sobre mí ejercen los relojes de las estaciones y la monotonía de mis itinerarios prefijados, invariables; de mis caminos «oficiales», anchos de un metro seiscientos setenta milímetros...

Porque mi vagar libérrimo es sólo aparente: la libertad es para mí lo que el dinero para esos cobradores de los Bancos, que á diario manejan millones y andan medio descalzos; lo que el amor

para las pobres *cocotas*, que viven del amor y en el amor... ¡y sin amor!...

Pero, en cambio, y esto me alivia y desquita de los sinsabores que dejo apuntados, adoro las emociones turbadoras del viaje, y el cariño abnegado, la solidaridad fraternal que liga, unos con otros, á los vagones de un convoy, y que es un derivativo de aquel otro gran amor sumiso que todos profesamos á la máquina.

Conozco bien todas las regiones españolas. Diez años consecutivos trabajé en la línea Madrid-Irún; luego pasé á formar parte del «rápido» de Asturias; más tarde la Compañía «Madrid, Zaragoza y Alicante» me compró y rodé ocho años en la línea de Sevilla; luego conocí la de Valencia. Ultimamente, y desde hace más de dos lustros, soy uno de los nueve vagones que componen el «expreso» de Madrid-Barcelona. Tengo, pues, motivos sobradísimos para conocer la tumultuosa vida de los caminos de hierro.

Hablaré primeramente de la máquina.

No ofrece el Diccionario palabras que expresen la ufanía, la confianza optimista que inspira á los vagones una de esas enormes locomotoras alemanas ó yanquis cuyo precio no baja nunca de doscientas mil pesetas, y que con su fuerza y su peso, así pueden detener el tren casi instantáneamente, como arrastrarlo á una velocidad de noventa kilómetros por hora. La máquina es el alma del convoy, su voluntad embestidora, su verbo. Ella silbará pidiendo «vía libre», ella sabrá si debe avanzar ó detenerse, y de noche sus ojos enormes aclararán el misterio entintado de los



caminos. De ella recibimos el calor y la luz, y el agua que canta con alborotado chorro en nuestros «cuartos-tocadores» un himno á la limpieza. Ella nos impulsa ó nos inmoviliza con sus frenos, y en ella resuena el grito de nuestros timbres de

auxilio. Un espíritu heroico de sacrificio la obliga á marchar siempre delante, como venteando los riesgos de la ruta. Por donde ella pase, su séquito puede pasar también. En los choques—más de uno he sufrido—ella fué la primera víctima, y en el acto su despedazada mole se irguió ante el convoy como un escudo. Cuando emprende alguna carrera vertiginosa, nosotros la seguimos contentos, transmitiéndonos fielmente el vigor que nos manda, y la negra columna de humo de su chimenea tiene, á nuestros ojos, la petulancia retadora de un airón. Desobedecerla equivaldría á morir. Pero, ¿quién discutiría sus órdenes, cuando su fuerza es la del Destino? La locomotora es el sol.

El cariño de unos vagones para con otros no ofrece este aspecto admirativo: es tan sincero como aquél, pero más llano, más íntimo, más de igual á igual; que al cabo, todos valemos lo mismo y nuestra propia vulgaridad nos obliga á constante armonía y obediencia.

Los coches de cualquiera de esos trenes llamados «de lujo», no se desenganchan casi nunca; tanto por natural desidia de los individuos encargados de su limpieza, como por la escasez de «material rodante» de que tanto se lamentan las Compañías De manera que el convoy llegado á Madrid por la mañana, procedente, verbigracia, de Barcelona, será el mismo que, anochecido, saldrá para la ciudad condal. Esto, indudablemente, aprieta en nosotros los lazos de nuestro mutuo afecto, y una convivencia diaria de meses y aun de años nos permite cono-

cernos perfectamente. Sabemos cuándo vamos bien ó mal frenados, cuándo las cañerías del vapor de agua están expeditas, cuándo la vía ofrece peligros y si alguno de nosotros, al coger una curva, necesita ayuda... Yo, viajando en el «rápido» de Asturias, llegué á estudiar los cambios atmosféricos en los crujidos del vagón que rodaba delante de mí. Era un viejo coche á quien las humedades norteñas habían lastimado mucho; y en las épocas lluviosas el infeliz gemía y tenía, de derecha á izquierda, un vaivén especial que no me engañaba nunca.



Los convoyes de los trenes mixtos y de los «mercancías» se reforman á cada momento; en unas estaciones les añaden coches, en otras se los quitan; son organismos de aluvión pergeña dos para servir al comercio y á los pobres viajeros de tercera clase, y desprovistos de majestad. Tienen un aspecto abúlico y cobarde de rebaño. Las locomotoras son viejas; cada vagón tiene un color y un tamaño, y los destinados al transporte de ganados exhalan olores pestilenciales. Cuando el convoy hace alto, los coches, mal ligados, chocan violentamente entre sí. ¡Bien se advierte que son los «parias» de la Compañía y que no se quieren, que trabajan sin gusto!... Por el contrario, nosotros, los «distinguidos», hermanamos bien y somos aventureros y alegres como

una compañía de comediantes. Por tales nos tenemos. La locomotora es «la Empresa»; al furgón de cola, por ser el más viejo, lo llamamos «el barba»; el coche-comedor es «el primer actor», y el coche cama, testigo de inenarrables escenas de alcoba, «la primera actriz». Yo, á pesar de mi edad—pronto cumpliré cuarenta años—no he podido pasar de hacer «segundos»...

Con estos nombres de la amable farándula nos designamos y burlamos en nuestros breves ratos de descanso.

—La Empresa parece cansada; hoy llegamos con cuarenta minutos de retraso.

—La primera actriz está fatigadísima.

—No habrá dormido.

—¿Cómo iba á dormir, si anoche subieron á ella, en Zaragoza, unos recién casados?...

Sabrosas y cordiales son esta unión en el esfuerzo y esta comodidad de destinos; pero lo mejor del viaje, á pesar de su fatigoso traqueteo, es el viaje mismo.

Cuando dejamos la gran estación de partida, el convoy se estremece malhumorado; siempre oímos una tabla que cruje, un gozne que gime y protesta, y hay como un entumecimiento perezoso en nuestros herrajes, fríos aún. Pero poco á poco los movimientos todos van acordándose; á lo largo del tren se establece un ritmo tan cadencioso, tan armónico, que á veces parece una canción; las ruedas se calientan y el convoy entero vibra con esa alegría aventurera que yo llamaría «el placer de irse».

Los lectores de hábitos sedentarios no apre-

ciarán bien estas divagaciones mías, y á fe que nada he de hacer para que me entiendan, pues fracasaría: que al cabo se nace trotatierras como se nace artista; pero los vagabundos, mis hermanos, sí me comprenderán, y su adhesión me basta.



El horizonte es un mago divino que, sin permitirnos acortar un palmo la distancia que nos separa de él, devana ante nosotros la visión alucinante de la tierra.

Toda la tarde hemos corrido á través de una llanura: siempre los mismos árboles mezquinos, las mismas aldehuelas de color arcilloso, las mismas carreteras polvorientas que se alejan serpeando hasta perderse entre dos montes pedregosos; y, para nosotros, los esclavos de la vía férrea, el mismo camino recto..., recto..., inexorable, como una orden. Anochecido llegamos á una pequeña estación, donde sólo debemos permanecer «un minuto». La gente contempla con admiración nuestra riqueza, y también nos mira codiciosamente, porque querría irse con nosotros. Desde el andén, un grupo de muchachas endomingadas sonríe á los viajeros. Suena una campana. Partimos...

Súbitamente el paisaje se puebla de sombras: nada se ve, pero el estrépito que produce ahora nuestra carrera, los ecos que responden á los sil-

bidos de la máquina, dicen que el panorama ha cambiado, y que, cual por ensalmo, la planicie se trocó en cañadas y cerros resonantes. El tiempo ha cambiado también, y una montaña que mudó la dirección de los vientos bastó á operar el milagro. Hace frío; luego empieza á llover, y el agua y el carbón mezclados nos ensucian deplorablemente. Todo es húmedo, todo es negro. . De pronto, la emoción calofriante de un puente tendido sobre un tajo en cuyo fondo, entre rocas, se destriza un torrente; después, la siniestra tiniebla de un túnel: grita la locomotora, vamos cuesta abajo y los frenos nos agarrotan y arrancan á nuestros músculos de acero alaridos horrísonos; ensordece el fragor con que los topes se golpean, y la montaña granítica tiembla y parece desplomarse. Pero salimos, al fin, de su entraña, y, bajo la lluvia, la carrera delirante continúa á través de otros montes y sobre otros puentes... Hasta que el rosicler del nuevo día empieza á lucir, y aparece el sol, que con su calor nos enjuga y nos limpia.

¡Cuánta experiencia—que es sabiduría de primera clase—acumulé en el transcurso de estos largos éxodos!.. ¡Cómo aprendí á conocer la vida y á desmenuzarla!...

Mucho recibí de los que me hicieron; el subsuelo primitivo de mi conciencia, suyo es; pero infinitamente más debo á ciertos individuos que viajaron conmigo. Las personas vulgares, al igual de los libros vulgares, nada enseñan, y, al par que su imagen de nuestra retina, se nos va del magín su recuerdo.



Pero de otras me acordaré siempre, y el fuego de sus almas violentas me muerde aún. Yo he llegado á sentir la ambición, la codicia, la «fiebre de oro» de los grandes comerciantes que he transportado de una ciudad á otra, y he conocido

la inquietud sin sueño de cierto cajero que escapaba á Francia con medio millón de pesetas robadas á un Banco, y que al ser detenido en Irún se suicidó y manchó con su sangre uno de mis estribos. Y he vibrado de deseo sexual con al-



gunos amantes que en las altas horas de la madrugada, cuando todos mis huéspedes dormían, hicieron de su compartimiento cámara nupcial; y también he tremado de dolor con la desesperación de un celoso que me tomó en La Encina, resuelto á matar á una mujer que le había engañado. ¡Cómo sufría aquel hombre! Iba solo, y merced á esta circunstancia pude acercarme mejor á su pena. A veces derramaba llanto abundantísimo, y era tan fuerte su congoja, que parecía ahogarle; otras se mordía las manos y se apuñaba el rostro; otras permanecía inmóvil, y en la obscuridad, sus ojos, terriblemente desorbitados, sus ojos que parecían mirar un cadáver, eran fosforescentes como los de los tigres.

Ahora, la envidia, el orgullo, el miedo, la lujuria, la avaricia, la hipocresía, el egoísmo, la traición..., todo ese venenoso manojo de víboras que dormitan en el fondo del alma, me son familiares; y tanto vivieron en mí, tantas veces me rozó su aliento ponzoñoso, que casi son mías también.

La vida social ha cubierto á la humanidad de monotonía y de fastidio. ¡Ah! Pero yo aseguro que los hombres son interesantísimos cuando se creen solos. La soledad les viste de luz. Ningún libro maestro vale lo que un alma desnuda.

III

Como los transatlánticos, los vagones del ferrocarril constituyen magníficas exposiciones de caracteres y excelentes muestrarios de tipos. En la intimidad de un viaje largo, aun los espíritus más herméticos llegan á descubrirse un poco. La desocupación de tantas horas les obliga á buscar consuelo en el diálogo; el fastidio les expone á decir palabras indiscretas, y el quebranto físico, en un rapto de distracción ó de abulia, suele obligarles á cometer incorrecciones de actitud.



Personas vi que tras una noche en ferrocarril se mostraban tan ecuánimes y amables como cuando subieron al vagón. Pero éstas son las menos. La mayoría no tarda en sentir la necesidad, algo grotesca, de ponerse cómoda: éste se aflojará el cinturón, aquél se quitará el cuello de la

camisa, un tercero cometerá la grosería de descalzarse...

«Lo importante es ir á gusto», discurre cada cual.

En esta galería de figuras, cómicas casi siempre, que me frecuentan, nunca falta «el señor que ronca».

En un departamento hay seis personas, de las cuales dos, por hallarse en el centro y carecer de un ángulo cómodo sobre qué apoyarse, pasarán la noche moviendo la cabeza de atrás á adelante, ó de izquierda á derecha. La expresión de estos movimientos responderá al temperamento de cada sujeto: los optimistas y bondadosos se manifestarán conformes con todo: «Sí..., sí..., sí...» En cambio, los pesimistas protestarán de todo: «No..., no..., no...»

De mis huéspedes, uno es viejo y tiene bigote rubio; aquél es joven y luce una hermosa barba negra; de los dos caballeros sentados junto á la ventanilla, el colocado de espaldas á la máquina es muy delgado y el otro muy gordo. Cada cual busca un medio de distracción: quién lee una novela, quién desdobla un periódico, quién se abisma en las páginas repletas de nombres y de números impresos en caracteres microscópicos de una *Guía*. A intervalos se observan entre sí, y, según transcurre el tiempo, parece envolverles una atmósfera de simpatía mutua. Casi á la vez, todos han pensado:

«¡Lástima que seamos tantos! Si, en lugar de seis, fuésemos cuatro, podríamos acostarnos y dormir un poco...»

Gradualmente la lectura les cansa y los periódicos van quedando arrugados sobre las rodillas; algunos, con el trepidar del convoy, caen al suelo.

De pronto uno de los dos señores que ocupan el comedio del compartimiento, es decir, el lugar más incómodo, el más ingrato, empieza á roncar. ¿Es posible? Momentos antes le vi apoyar el mento sobre el nudo de su corbata, é inmediatamente su respiración hízose sonora. Al principio creí haber oído mal:

«Pero..., ¿se ha dormido?...»—me pregunto.

Sí, duerme, no cabe duda; y, por instantes, el aire que absorbe y devuelve por boca y nariz reafirma y complica su polifonía.

El pueblo, con su agudeza y dónoso humor proverbiales, señala en el roncar tres tiempos. En el primero—dice—«se sopla», en el segundo «se suspira» y en el tercero «se pide pan».

El viajero de que hablo señala estos tres tiempos exactamente. Empezó soplando con el soplar lento, suave, indispensable para apagar una cerilla. A esta expiración apacible sucede luego un suspiro plácido. Finalmente, sus labios, juntándose y separándose cadenciosamente, como si saborcasen algo, piden «pan...,-pan...».

El rostro hundido entre los pliegues de la corbata, el sombrero ladeado y las manos gordezuelas cruzadas sobre el vientre redondo, «el señor que ronca» repite beatífico:

—¡Fú..., ah..., pan...! ¡Fú..., ah..., pan...!

Los demás viajeros le miran sorprendidos, y á poco este asombro se convierte en envidia, y



luego en antipatía, en odio... Evidentemente les molesta que, hallándose ellos despabilados, alguien duerma así; aquel roncar tranquilo implica una superioridad y es una ofensa á sus ojos insomnes. El despecho les impulsa á pensar

en voz alta. Yo les escucho. Uno comenta, con irritación sorda:

—¡Qué atrocidad! Tiene una garganta que parece un serrucho. ¡Vaya una manera insolente de dormir!

Otro responde:

—Para ser así es necesario no tener nervios. Yo, en el tren, no puedo cerrar los ojos.

—Ni yo.

El joven de la barba negra añade:

—Pues como siga, vamos á pasar la noche en el Purgatorio. Es de los que duermen y no dejan dormir á nadie. ¡Qué falta de educación!...

Ajeno á cuanto de él murmuran, el durmiente prosigue feliz:

—¡Fú..., ah..., pan...!

Llegamos á una estación, y mis pasajeros creen que el movimiento brusco con que me he detenido despertará al roncador. ¡Vana esperanza! En el profundo silencio de la parada sus ronquidos se oyen mejor. Ni las trepidaciones, ni el frío le vencen. El señor delgado tiene un mal pensamiento:

—¿Y si abriésemos las ventanillas?...

Los circunstantes sonríen aprobadores, pero no se atreven; sería demasiado... El expreso reanuda su correr crepitante, y «el señor que ronca», privado de punto de apoyo, se estremece sobre sí mismo como un pelele: tiembla la prominencia adiposa de su vientre, tiemblan sus brazos, ahora inertes, y su cabeza, que no pierde el equilibrio, afirma, niega..., duda... ¡Creeríasela colocada en un alambre!...

A la mañana siguiente, ya bien entrado el día, despierta y sus ojos miran asombrados á su alrededor. Su despertar es afectuoso y comunicativo. Bosteza, sonríe...

—Afortunadamente—exclama—ha pasado la noche. ¿Han descansado ustedes?...

Nadie contesta; pero los semblantes amustiados, las miradas sin brillo de sus oyentes, dicen lo contrario.

—¡Ah!...—prosigue—¡Caramba!... Yo tampoco he dormido bien.

El viajero delgado, y el gordo, y el anciano del bigote rubio, y el joven de la barba negra... le miran iracundos, y cada cual echa de menos su revólver. Hay palabras que deben replicarse á tiros.

Como en contraposición al «señor que ronca» existe otro tipo que nunca falta tampoco, y es «el señor que no duerme»; pero la figura de éste dice distinción, aristocracia, soberanía...

Dos minutos antes de arrancar el tren, cuando creíamos que ya nadie subiría á mí, llega un caballero. Es amable sin ser risueño, grave sin adustez.

—Buenas noches—murmura.

Coloca en la red su equipaje: un maletín, una sombrerera y un paraguas, todo muy pulcro y nuevecito, y para instalarse no elige sitio, sino que acepta el más próximo. En seguida desdobla una buena manta á cuadros escoceses, con la que se envuelve las piernas y el cuerpo hasta la cintura, y se sienta erguido, los pies juntos y cruzadas las manos sobre el abdomen. Representa



cincuenta años: talla mediana; el cabello y el bigote enteramente blancos; color pálido, perfil aguileño; la barbilla, limpiamente delineada, descubre voluntad. Tipo militar, en fin: de comandante para arriba. Sombrero hongo bien encajado sobre las negras cejas, de manera que no pueda torcerse ni á un lado ni á otro; gabán azul, muy cepillado; guantes de ante amarillo; el cuello de la camisa, blanquísimo, brilla á la luz.

Aquel hombre, de una impasibilidad atormentadora, no lee, no fuma; sus pupilas vivaces miran al espacio; examinan á los viajeros y, á intervalos, se detienen en mí. A su curiosidad distraída la mía responde. Más de una hora hace que estamos juntos, y todavía sus pies no se han movido: todos los pliegues que al sentarse formó la manta con que se calienta, duran aún. Solamente la disposición de sus manos ha cambiado: la izquierda, que se hallaba debajo de la derecha, ahora está encima.

Poco á poco mis viajeros se animan á charlar, y la conversación se generaliza: hablan mal de España, tópico malsano inevitable entre españoles, y el humo de los cigarrillos azulea el ambiente. Hay risas, interjecciones. Unicamente el caballero del nevado bigote permanece serio, callado y sin fumar, y su hermetismo envuelve un reproche. De pronto la parla cesa, y, bajo las primeras insinuaciones del sueño, cada quisque busca una actitud cómoda. Este hunde su cabeza en una almohada mientras procura ahogar un bostezo; aquél se arrebuja en su gabán; quién se cala mejor la gorra para quitarse de los ojos la luz; la euritmia se pierde...

Unicamente «el señor que no duerme» no se ha estremecido: tan sólo el orden de sus manos ha vuelto á cambiar: la diestra cubre á la otra. Nada parece molestarle: ni la rigidez de su cue-

llo almidonado, ni el pertinaz temblequeo de mi caminar, ni la dureza del asiento. Con las alas horizontales de su sombrero hongo, colocado á plomo, su espíritu vertical parece dibujar una cruz. El celoso atildamiento de su indumentaria dice pulcritud: es limpio, es rígido como una camisa de frac. Planchado no estaría mejor.

A mí mismo, tan avezado á conocer gentes, este viajero-tipo me inspira una admiración de la que participan los demás pasajeros. El caballero que está á su lado le interroga amablemente:

—Desearía tenderme un rato. ¿Le molesta á usted si coloco los pies sobre el asiento?

—De ninguna manera.

—¿No quiere usted acostarse? Podemos acomodarnos los dos muy bien.

—Muchas gracias.

—Si desea usted leer...

—Tampoco; gracias.

—¿Usted no duerme cuando va de viaje?

—Nunca.

Otro señor, que acaba de abrocharse las orejeras de su gorra debajo de la barba, le pregunta:

—¿Tiene usted inconveniente en que apaguemos la luz?

—Ninguno.

No se habla más, y el compartimiento se anega en tinieblas. La obscuridad, sin embargo, no es completa, y en la penumbra, aunque densa, veo fulgurar obstinados, implacables, los ojos del señor que no duerme». Aquellos ojos sin mi-

sericordia resisten al sueño, al silencio, al tremar monorrítmico de mi marcha; y, lo más prodigioso: resisten á la terrible adormidera de la obscuridad. Nada les aflige. Pupilas inquisitivas, pupilas policíacas, ¿cómo podéis vencer á la sombra?... Pasa una hora, pasan dos; son las cinco de la madrugada y los ojos vigilantes, como el ojo de Dios, de aquel hombre, permanecen abiertos.


BIBLIOTECA NACIONAL MADRID

A la mañana siguiente, bajo la luz solar que á raudales ufanos incendia mis cristales, los viajeros sacuden su sueño, se desperezan y comienzan á corregir el desaliño de sus trajes. Este recoge del suelo su cuello y su corbata; otro tiene alborotado el pelo, y la camisa le asoma por entre el chaleco y el pantalón...

Para ejemplo y vergüenza de todos, «el señor que no duerme» está según le conocieron la víspera. Catorce ó diez y seis horas de viaje no descompusieron en una tilde el equilibrio severísimo de su individuo. Aquel éxodo penoso ha sido para su cuerpo lapidario dulce y fácil como un paseo en tranvía.

Hemos llegado á la estación terminal, y mis huéspedes se apresuran á cerrar sus maletas. «El señor que no duerme» es el primero en dejarme: en un santiamén ha doblado su manta y

recogido su maletín, su sombrerera y su paraguas.

—Buenos días—dice.

Y sale. Ni una mancha, ni una arruga lleva: los pantalones sin rodilleras, los puños limpios, intacto el lazo de la corbata, el sombrero á plomo...

¡Como si fuera á retratarse!...

IV

Si yo tuviese tiempo de llevar al papel siquiera la cuarta parte de mis recuerdos, mis confesiones ocuparían varios volúmenes. ¡Desfilaron ante mí tantos paisajes, tantas escenas, tantas figuras!... Y este mismo vivir movedizo contribuyó, quizá, á exasperar mi acuidad sensorial; pues la función crea el órgano, y así las impresiones renovadas son á los nervios lo que á los músculos el ejercicio físico. A más intenso pensar, mayor inteligencia.

El tesoro emotivo de los años mozos perdura intacto en mí. Todavía recuerdo la alborotada impaciencia de los primeros viajes, la inquietud alegre con que mis ruedas bisoñas se deslizaban sobre los rieles, el entusiasmo férvido con que acometíamos las cuestas arriba, el vértigo clamoroso de los descensos á través de campos que parecían borrachos de flores y de sol, el peligro elegante de las curvas, la embriaguez febril de las carreras temerarias, cuando ensordecía el viento, y la máquina, furiosa y jadeante, nos arrastraba á ochenta y cinco y noventa kilómetros por hora... Y evoco también la mansedumbre de los crepúsculos, la evaporación neblinosa que desdibuja la lejanía, el profundo silencio

rústico de esas estaciones minúsculas donde nuestra locomotora, fatigada, resoplante, cubierta de ardiente sudor, se detuvo á beber.

Hay nombres de ciudades y de pueblos que resuenan en los arcanos tímpanos de la memoria con la dulzura de un nombre de mujer, y pregones que resumen capítulos enteros de mi vida.

Oigo gritar:

—¡Buenos quesos de Burgos!...

Y veo pasar la histórica ciudad, con su caserío obscuro sobre el cual la catedral levanta la maravilla de encaje de sus dos torres.

—¡Puñales y navajas de Albacete!...

Es La Mancha de color de ocre, desarbolada y sedienta, y también la ilusión verde de la región valenciana, que va acercándose.

—¡Tortas de Alcázar!...

Son las noches frías, el aire que corta, la lluvia ingrata.

—¡Agua!... ¿Quién quiere agua?...

Es Castilla, es la tierra que abrasa, son los vagones cuyas techumbres vahean bajo el fuego del sol, el emparrado mezquino que sombrea el brocal de un pozo casi seco.

Asimismo podría hablar mucho de los grandes políticos, y de los toreros famosos, y de las compañías de comediantes, y de algunos anarquistas fugitivos, que peregrinaron conmigo.

Pero toda esta «parte pintoresca»—llamémosla así—de mi juventud andariega, ya no me interesa. Mi biografía, cual si el Destino la hubiese roto de un hachazo. dividida se halla en dos

partes: frívola y azul, la primera; intensa y roja, la segunda. Y de ésta, bajo cuya obsesión trágica palpito todavía, es de la que necesito hablar aquí. Ella me envejeció; por ella mis miembros de hierro y caoba, intactos hasta hace dos años, empiezan á quejarse. Es una historia sanguinaria y ardiente, como un folletín.

Estábamos en Madrid, y las manecillas del reloj luminoso—ojo de la Estación—que preside el vaivén de los trenes iban á darnos la orden de partir. Eran las dieciocho y quince. Todos apretados fraternalmente unos contra otros, esperábamos la señal: teníamos encendidas las luces; la calefacción, alta; el frenaje, bien graduado; las ruedas, engrasadas y prontas; la máquina resoplaba prepotente y el latir de sus hijares estremecía el convoy. Un viento frigidísimo barría los andenes casi desiertos, que era día de Nochebuena, y en fecha tan señalada nadie quiere salir de su casa. No llegarían á cuarenta nuestros pasajeros. ¡Mejor!... Vayan estos viajes relativamente descansados en alivio y desquite de aquellos en que la aglomeración de viajeros y



de equipajes nos obligan á transportar siete y ocho toneladas de peso.

A lo largo del tren, una voz cachazuda gritaba:

—¡Almohadas de viaje!...

Y era su cadencia tan monótona, tan lánguida, que invitaba á dormir.

De mis compartimientos, cuatro estaban vacíos. En otro había un matrimonio cincuentón, al que la presencia de varios parientes que fueron á despedirle obligaba á permanecer asomado á una ventanilla.

Estos saludos, especialmente en invierno, me molestan mucho, porque me enfrían. Además, son de una hipocresía repugnante, pues todos, así los que se quedan como los que se van, desean separarse. Ya se dijeron cuanto tenían que decirse; ya se sonrieron y se estrecharon veinte veces las manos... ¡y el tren no sale!...

—Pero... ¡márchense ustedes!—suplican los viajeros.

Y los otros responden:

—De ningún modo: queremos verles partir á ustedes...

El protocolo de las despedidas ordena que las cabezas se descubran, y que los pañuelos salgan del bolsillo para saludar, y los ojos se cubran de tristeza; y para que toda esta emoción surta el efecto conmovedor apetecido, es indispensable que el convoy arranque. También son absolutamente necesarias las siguientes recomendaciones: «Tengan ustedes buen viaje...» «No dejen ustedes de telegrafiar...» «Ya saben que pueden disponer de nosotros...» ¡Oh!... Cuando considero

el mezquino valer de los hombres, sus falsedades, sus disimulos y el eterno carnaval de sus almas, siento tentaciones de descarrilar.

A la hora exacta, el jefe de Estación dió «la salida» al expreso; silbó la locomotora y partimos. ¡Qué espantosa noche! La lluvia había formado grandes charcos entre los rieles, y apenas dejamos atrás la marquesina que cubre los andenes, un furioso huracán de nieve nos envolvió. Por dicha, nuestro «visitador en ruta» cerró pronto una portezuela del coche-cama, que había quedado abierta, y por la cual penetraba una furiosa manga de aire que iba helándonos á todos. El vagón que corría delante de mí se quejaba de un eje; yo lo oía chirriar.



—Eso es—le dije—un poco de frío; en cuanto llevemos rodando un rato y entres en calor, se te pasará.

Habíamos dejado atrás las pequeñas estaciones de Vallecas y Vicálvaro, y las praderas amenas de San Fernando, y ya veíamos acercarse las luces de Torrejón. Pasado Alcalá, la máquina aceleró su andar, y la calefacción aumentó. ¡Qué delicia!... Aquellas oleadas de vapor eran para nosotros lo que para un caminante aterido un vaso de alcohol. El eje de mi compañero cesó de dolerse.

—¿Te sientes mejor?—pregunté.

—Sí—repuso—. Ya estoy bien.

Los andenes de Meco y Azuqueca huyeron de nuestro lado como sombras; en Guadalajara hicimos, según costumbre, un alto de cuatro minutos, y en seguida salimos para Fontanar.

El *dining-car* había apagado sus luces temprano, pues el pasaje, malhumorado, cenó deprisa, que nada acorta tanto la duración de las sobremesas como la melancolía. Los escasos inquilinos del vagón-cama también se mostraban dispuestos á dormir. En los coches de mi clase, los largos tránsitos aparecían desiertos y fantasmales, sacudidos por la marcha ruda del convoy. Pasaron las estaciones de Junquera, Humanes, Espinosa, Jadraque, Matillas... y en la de Sigüenza recogí un viajero.

Yo le percibí mucho antes de que el tren llegase á la estación, pues en el andén solitario no había más persona que la suya. Era un hombre como de treinta años, bien vestido y de gentil presencia, y advertí una nerviosidad, una precipitación de fuga en su modo de ganar mi estribo y abrir la portezuela. Ya en la plataforma, bajó un cristal y asomó la cabeza, mirando espaciosamente á un lado y otro, como receloso de que alguien hubiera subido al convoy; y así, en esta actitud vigilante, permaneció hasta que salimos de la estación y comenzó á ser procelosa la velocidad de nuestro correr.

Entonces buscó uno de mis departamentos vacíos, y un gesto que hizo me descubrió su satisfacción de hallarse solo. Reducíase su equi-

paje á un maletín pequeño, que colocó en la red, y á un portamantas cuyas correas comenzó á deshebillar. Sin razón, y acaso por obra sigilosa de un presentimiento—esto lo he razonado más tarde—, atrajeron mi curiosidad la lozana juventud de mi huésped, la vivacidad de sus grandes ojos novelescos, la abundancia de sus cabellos negros y naturalmente rizados, la sólida complexión de su espalda y la fina elegancia de sus manos y de sus pies.

—He aquí un hombre—medité—con quien el Amor no debe de ser esquivo...

En aquel momento apareció el revisor y pude enterarme de que el nuevo viajero iba á Barcelona. Al quedarse solo, el desconocido extinguió las dos luces del compartimiento, cerró la puerta y corrió todas las cortinillas. Hecho esto, se acomodó en un ángulo, arrebujóse en su manta y alargó ambas piernas sobre el diván. En la obscuridad, su figura desapareció casi por completo: únicamente sus botas de charol, nuevecitas —bien lo recuerdo—, recogían no sé qué vagarosa claridad que llegaba á ellas desde el pasillo, y yo las veía fosforear en la tiniebla con un brillo de azabache. Minutos después le oí roncar sonoramente, y yo mismo, transpuesta la estación de Arcos, me quedé dormido; pues muchas veces los viejos vagones, con nuestra inveterada costumbre de rodar en traílla, y la seguridad de que la locomotora cuida de nosotros y no nos dejará equivocar la ruta, caminamos inconscientemente, y es este automatismo lo que nos permite ratos sabrosos de duermevela.

Una voz que gritaba: «¡Alhama..., un minuto!...», interrumpió á medias mi reposo; pero la máquina recobró su marcha, y mis poros, mal despabilados, volviéronse de nuevo impermeables á la sensación, y mi conciencia tornó á sumergirse en las insondables negruras del no pensar.

Mucho tiempo transcurrió antes de que un pregón y una brusca presión de los frenos me despertasen. Por añadidura, mi vagón zaguero acababa de darme, al detenerse, un fuerte encontrón. Reconocí la estación de Calatayud, callada y horriblemente triste bajo un abundantísimo aguacero. El jadear de la máquina desgarraba el silencio. Al mismo tiempo, me pareció ver una sombra que trepaba al último vagón, por el lado de la entrevía, lo que me convenció de que el nuevo huésped cuidaba de no ser visto, y acaso intentaba viajar sin billete.

Media hora más tarde llegaba á mí con pasos aduendados, y por el tránsito de láminas metálicas que me ligaban con mi coche zaguero, una mujer alta, de líneas esbeltas, que disimulaba sus facciones bajo un alucinante manto negro. Un extraño soplo trágico la animaba. La vi adelantarse por el corredor, y un instante pude admirar sus manos blancas y la energía aguileña de su rostro, y el nimbo leonino que ceñían á su frente sus cabellos dorados; unos cabellos encrespados como serpientes, magníficos, calientes y luminosos como hilos de sol. No recuerdo haber visto otros más bellos...

La desconocida se detuvo ante la puerta del primer departamento, que abrió suavemente;



encendió la luz, miró y, sin ruido, volvió á cerrar. En el departamento contiguo hizo lo mismo. Era evidente que buscaba algo. De repente asocié su pesquisa con la figura del viajero que subió á mí en Sigüenza.

—Le busca á él—pensé.

Y tuve miedo, pues adiviné que algo siniestro iba á ocurrir.

La dama enlutada prosiguió su investigación y en el pasillo solitario y bajo el claror pálido y trepidante de las lámparas, su silueta cobraba una virtud fantasmal. En su rostro lívido, sus ojos negros tenían la expresión del drama. El Destino, lo Inevitable, miraban con ellos.

La desconocida, en aquel momento, empujaba la portezuela del departamento donde el «viajero de Sigüenza»—le llamaré así—dormía. ¡Oh, si yo hubiese podido despertarle!... Ella, apenas encendió, tornó á apagar, y, favorecida por la claridad del pasillo, avanzó. En su brazo derecho extendido, que ahora, bajo el manto, parecía una enorme ala maléfica, esgrimía un puñal cuya hoja limpia pintaba en la penumbra un triángulo de luz. Se agachó para ver mejor, y ahogando el aliento. Luego, con recio ímpetu, apoyó su mano izquierda en la boca del durmiente, con lo cual, á la vez que le impedía gritar y le tapaba los ojos, obligábale á echar la cabeza hacia atrás; y cuando le tuvo así, mudo y cegado y con la garganta bien de manifiesto, de un solo golpe cruel le degolló. El cuchillo penetró hasta la cruz, y, al salir, por la herida brotó un chorro caudal de sangre, purpúreo y ancho como una lengua.

Inmediatamente la homicida enredó al alfiler que brillaba en la corbata del finado un largo cabello negro, tiró el arma á un rincón y escapó. Al llegar al final del pasillo penetró en el cuarto-

lavabo, se lavó las manos y volvió á salir. Nadie la había visto. Sin perder instante abrió la portezuela correspondiente á la entrevía, bajó al estribo y saltó á tierra fácilmente, pues íbamos llegando á la estación de Casetas y el convoy corría á menos de media marcha.

Sentado, la cabeza apoyada contra el respaldo, la víctima, lívida y bermeja á la vez, no se había movido. A su alrededor, como nimbándolo, todo aparecía tinto en sangre: el diván, el respaldo, la alfombra...

V

La presencia de aquel cadaver, cuyo rostro, de minuto en minuto, era más blanco, me causaba un terror indecible; añádase á esto la sensación de la sangre que me empapaba y rápidamente iba enfriándose. Yo estaba horrorizado. En los primeros instantes sólo compadecí al hombre; pero luego dime á meditar en la matadora, y á tener piedad de su dolor. ¿Qué desesperada historia se había desenlazado allí? Y aquel cabello negro, ¿con qué objeto fué enredado en la corbata de la víctima, y á quién pertenecía?... Instintivamente mi conciencia hidalga poníase de parte de la mujer y votaba en favor suyo.

«Cuando ella se decidió á segarle la garganta —pensé—, es porque él antes, á mansalva, la habría acuchillado el corazón. Entre amantes una puñalada es muchas veces la liquidación de una deuda...»

Apenas el expreso salió de Casetas, referí al vagón que me seguía lo ocurrido.

—Esa mujer—dijo—también examinó uno á uno mis departamentos. Creo que en el coche que viene detrás hizo lo mismo.

—Infórmate—repuse.

La pregunta corrió velozmente á lo largo del convoy, y de los datos aportados por mis compañeros deduje que la desconocida emprendió su trágico viaje subiéndose al estribo del furgón de cola. Luego ganaría el *dining-car*, para proseguir sus pesquisas de un vagón en otro, hasta llegar á mí.

En Zaragoza permanecimos los minutos reglamentarios, y sólo recogimos dos pasajeros que subieron al coche dormitorio. La locomotora se había desligado de nosotros para ir á proveerse de agua, y el tren quedó inerte y como acéfalo. Todos los vagones, inmergidos en tinieblas, parecían dormir, amodorrados por el cansancio y el frío. Solamente yo velaba, y, á poder, hubiera pedido socorro con resonantes voces. Aquel difunto, cuyo rostro adquiría por momentos una albura de sudario, me helaba; yo no quería verlo y, sin embargo, ni un segundo mi atención se apartaba de él. La muerte no había turbado la paz de sus facciones: los labios quedaron entreabiertos y la visera de la gorra le tapaba los ojos; pero los dedos de sus manos yertas y blancas, trágicamente blancas, sobre el fondo purpúreo de su traje cubierto de sangre, tenían una expresión que no olvidaré nunca: estaban torturados, contraídos, retorcidos espantosamente: raíces parecían...

Un golpe brusco me reveló que la máquina había vuelto á unirse á nosotros. Ibamos á partir. En seguida, lo de siempre: una campana, un pito, una voz soñolienta, automática, que ordena: «Señores viajeros..., ¡al tren!...», la loco-

motora que lanza un silbido corto y resopla, y el convoy que se pone en marcha...

El crimen se descubrió al hacerse la requisa de billetes, ya pasado El Burgo. Inmediatamente el revisor tocó el timbre de alarma y el expreso se detuvo. La noticia, semejante á una mariposa roja, voló de un extremo á otro del tren; despertados insólitamente todos los viajeros, algunos á medio vestir, precipitáronse fuera de sus departamentos y corrieron hacia mí. En mi corredor los curiosos se apiñaban, se oprimían y alargaban el cuello, con el ansia de ver. Los que hubieron la fortuna de obtener un puesto frente al compartimiento donde se realizó el crimen, enmudecían de espanto y no sabían separar los ojos del cadáver, cuyas facciones, ya endurecidas, parecían de transparente mármol.



Como nada había que hacer, el revisor cerró la portezuela del departamento y el convoy siguió su camino á gran velocidad, para recobrarnos del tiempo perdido. En Caspe nos detuvimos y por teléfono llamaron al Juzgado, que inmediatamente acudió á la Estación y procedió al «levantamiento del cadáver». El juez, secundado por el escribano, tomó circunstanciada declaración al revisor, al visitador en ruta y á varios pasajeros. El interrogatorio fué baldío; nadie sabía nada. Lo único cierto es que el asesinado había subido al tren en Sigüenza con propósito, según su billete de viaje acreditaba, de ir á Barcelona.

En la cartera de la víctima se halló una cédula extendida á nombre de Antonio del Rey, varias cartas á las que, por abreviar tiempo, no se dió lectura, y cuarenta mil pesetas en billetes del Banco; detalle este último que evidenciaba no haber sido el robo el móvil del asesinato. El juez advirtió en seguida el largo cabello negro—cabello de mujer joven—prendido al alfiler de corbata del finado; también examinó cuidadosamente el cuchillo, que era nuevecito y de los mejores y más bellos que producen los famosos armeros toledanos. En el acto la idea de un crimen por celos brotó en el espíritu de todos los circunstantes.

—¡Y es una mujer morena—exclamaron á coro—la que lo ha matado!...

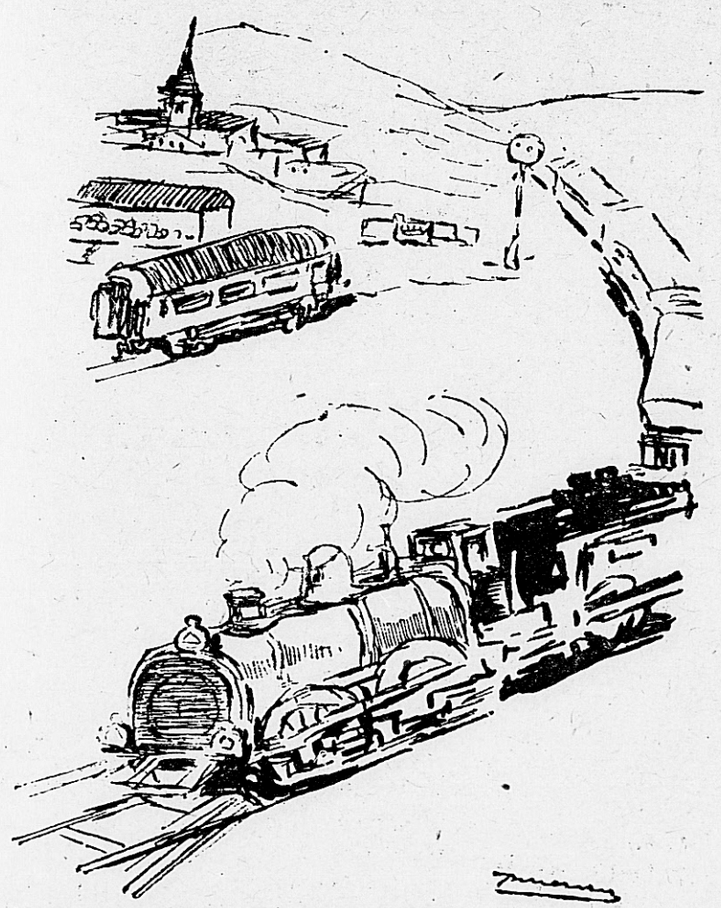
Alguien dijo que ninguna mano femenina era capaz de asestar una puñalada así. Pero el voto contrario y unánime del público, hízole cambiar pronto de opinión. Mujer tenía que ser la autora del crimen. ¿Cómo, si no, explicar la presencia de aquel cabello? Precisamente aquel cabello era «el hilo» del sangriento ovillo, el rastro que el asesino olvidó tras sí. A este dato añadíase otro no menos significativo, á saber: la belleza del cuchillo; era un arma genuinamente femenina, elegante y de persona rica. A un hombre que quiere vengarse no se le ocurre comprar un objeto tan lindo.

Alrededor de la imagen de una mujer «morena y joven», aceptada por todos, los comentarios continuaron devanándose inagotables...

«Ella» debió de subir al tren en Sigüenza, sin que «El» lo advirtiese; aunque si estaba noticiosa de su viaje—suposición muy admisible—, pudo salirle al encuentro en la estación de Arcos, ó en la de Alhama..., y hallándole dormido, le degolló. Después se quedaría en Calatayud...

La razón del crimen volvía obsesionante á los espíritus. Evidentemente, aquella mujer había matado por celos. La víctima, al recibir la puñalada, no se defendió; acaso la muerte fué tan instantánea en él que se adelantó al dolor; finé sin sufrir; lo proclamaban así sus ojos cerrados y la serenidad de su actitud. En cuanto al cabello enredado en el alfiler de la corbata, alguien dijo —y sus palabras merecieron la aprobación general—que una vez perpetrado el crimen, «Ella», como Salomé, sentiría el deseo de besar los labios yertos del adorado—¿no anduvieron el Amor y el Crimen siempre juntos?—, y al inclinarse para hacerlo, sus cabellos se agarraron al alfiler, y una hebra, que sería brújula entre las manos de la Justicia, quedó prendida en él..

Asistiendo á estas divagaciones folletinescas de la imaginación popular, yo me desesperaba. Cómo decirles: «La criminal es rubia; ese cabello negro de cuyo hallazgo tanto se ufanan ustedes, lejos de ser un rastro, es una traición; es un ardid para despistar...» El único que lo sabía todo era yo, que no podía hablar. ¡Ah! ¡Cuándo los hombres, que tantos inventos inútiles hicieron,



descubrirán el modo de comunicarse con los objetos que comparten su vida?... ¿Habría robos si las cajas de caudales supieran pedir socorro? ¿Habría adulterios si hablasen las alcobas? ¿Cómo los sabios, perseguidores incansables de la Ver-

dad, no han pensado en esto?... Porque entonces... ¡sí que la Mentira se iría del mundo!...

Al dar el Juzgado por terminadas sus diligencias, unos camilleros se llevaron el cadáver del desdichado Antonio del Rey, y yo fuí desenganchado del convoy y trasladado á una vía lateral, en espera de las futuras investigaciones que el señor juez instructor se proponía practicar en mí. El expreso salió de Caspe con cerca de cuatro horas de retraso. ¿Cómo decir el frío de silencio, el dolor de abandono que me produjo verlo marchar?...

Al siguiente día padecí un severo registro, y tres días después, otro. El juez, asesorado por el escribano, el alguacil y dos personas más, intentó reconstituir—y declaro que con bastante exactitud—la escena del crimen: la posición en que se hallaba la víctima al recibir el golpe; la estatura probable de la agresora, á quien todos supusieron alta; y luego examinaron prolijamente todos los rincones del compartimiento, y mis estribos, con la esperanza de sorprender alguna mancha de sangre en ellos. Una aguja de sombrero descubierta por el alguacil fué motivo para que todos aquellos señores se perdiesen en nuevas é inútiles divagaciones, pero no añadió luz ninguna al sumario.

¡Cómo me aburría! ¿Por qué no me sacaban de allí?... Las jóvenes caspolinas que acostumbraban á pasear por el andén de la estación, no cesaban de ir á verme. Se detenían á pocos pasos delante de mí, sosteniéndose unas á otras por el talle, y luego, á pasos lentos, daban una vuelta



á mi alrededor. Mi imponente tamaño, mi lujo y mis cortinillas corridas, como en señal de duelo, sobre el misterio bermejo que había en mí, impresionaban fuertemente la fantasía popular. Los ojos de todas aquellas personas decían lo mismo:

—Aquí ha sido...

No pasaban de ahí; y al marcharse caminaban despacio y volviendo la cabeza para mirarme.

Cada veinticuatro horas pasaba mi convoy, y mis compañeros, felices de su libertad, me dirigían burlas inocentes.

—¡Bien te diviertes, gandul!—decían.

Una semana más tarde y con la etiqueta de «No admite viajeros», fuí reincorporado al expreso y trasladado á Barcelona, donde substituyeron el forro ensangrentado del diván por otro nuevo. ¡Cómo lo agradecí! La alfombra no la reemplazaron, sino que la lavaron cuidadosamente. Una pequeña mácula de sangre, no obstante, quedó en ella, pero tan debilitada y borrosa, que los «inspectores del material» consideraron imposible que á nadie llamase la atención, y que pronto los mismos viajeros acabarían de limpiarla con la suela de sus zapatos. Considerando todo esto me estremezco aún. ¿No hay algo truculento en el destino de esa sangre que fué juventud, esperanza, calor..., ¡vida, en fin!..., y que luego una multitud pisotea indiferente y se lleva en los pies?...

Volví á la circulación, y desde mi primer viaje tuve ocasiones de convencerme de que el asesinato de Antonio del Rey seguía encadenando la atención de la Prensa y del público. El crimen continuaba sumido en el misterio. Las declaraciones de la familia de la víctima no habían bastado á esclarecer el enigma: se supo que Antonio del Rey tenía en Madrid una amante italiana, alta y rubia, artista de café-concierto, llamada

Emma Sansori, y que pensaba casarse con una joven morena, de notable belleza, hija de un banquero que residía en Barcelona. Al principio la pública opinión señaló á la Sansori como autora del crimen; pero ella consiguió demostrar que la noche de autos la pasó en Madrid; además, el oro de su pelo la protegía; su cabellera gritaba su inocencia... Entonces la justicia llevó sus investigaciones por otros caminos, y detuvo á una aventurera á quien Del Rey conoció el verano anterior en el Casino de San Sebastián, y á su hermana. Pero esta nueva pista tampoco dió resultados provechosos. La Policía avanzaba entre sombras, y se perdía. Desechada la suposición de que el asesino fuese un hombre, la hipótesis de que era una mujer joven y de pelo negro renació triunfal. Aquel cabello encontrado, al parecer casualmente, en la corbata de la víctima, se enredaba á los pies de la justicia como un grillete y no la permitía andar.

Transcurrieron nueve ó diez meses, que en esto de andar aprisa el tren de la Vida nos da ejemplo á todos...

Una tarde, minutos antes de salir de Barcelona, oí vocear los periódicos «con el crimen de ayer». ¿Qué nuevo drama era aquel? Desde el asesinato de que fuí testigo, la «crónica roja» ejercía una atracción morbosa sobre mí.

—Luego sabré de qué se trata—pensé.

Yo me informo de cuanto sucede en el mundo por lo que oigo hablar á los viajeros, ó por los diarios que quedan olvidados en mis asientos.

A poco de emprender el viaje, mi curiosidad

empezó á ser satisfecha; mis pasajeros glosaban animadamente el sangriento suceso, cuyo relato campaba bajo titulares llamativas en la primera página de los diarios. La víctima era una señorita, perteneciente á la buena sociedad barcelonesa, y que se hallaba en vísperas de contraer matrimonio. Se llamaba Mercedes Eloy. Según los reporteros, el mismo día del crimen, por la mañana, Mercedes recibió una carta que, al decir de una criada, la joven leyó con ademanes marcadísimos de inquietud, y que se presume fuese un anónimo que la invitaba á acudir á una cita. Durante el almuerzo, la madre de Mercedes notó que ésta tenía los ojos enrojecidos, como de haber llorado. Al anochecer, la señorita Eloy, vestida sencillamente, salió de su casa diciendo que iba á la iglesia del Carmen y que volvería en seguida. Su portera la vió subir á un coche. Horas después, en un rincón solitario y umbrío del Parque, aparecía su cadáver con dos puñaladas, una de ellas en el corazón.



Comentando el hecho, añadía un periódico:

«Hay personas que atraen la tragedia como los pararrayos atraen la cólera de las nubes. Nuestros lectores no habrán olvidado, tal vez, que la señorita Mercedes Eloy fué novia de aquel don Antonio del Rey, asesinado misteriosamente en el expreso de Madrid.»

Esta apostilla fué para mí una revelación. Ví claro.

—Es Emma Sansori—pensé—quien la ha matado.

No me era posible dudar. La italiana se había impuesto una tarea exterminadora, que cumplió hasta el final: primero «El», luego «Ella»... ¡Oh, Italia!... País de arte y de pasión, tierra caliente donde la venganza tiene la fuerza de un culto bárbaro, ¡qué fielmente te retratas, á veces, en tus hijos!...

Y llego al desenlace de este folletín, que parece escrito por la misma inexorable mano de la Fatalidad.

Días después salía yo con mi convoy de Barcelona, y en el apeadero de Gracia subió á mí una mujer de elevada estatura, rubia, vestida de rigurosísimo luto, á quien reconocí en el acto: era Emma Sansori. ¿Y cómo no reconocerla si había visto sus ojos, y los ojos en que una vez leímos el deseo de matar no se olvidan nunca?... Quizá por haber adelgazado parecióme más alta, y advertí que, en virtud de inexplicables mixtificaciones psíquicas, el dolor en su rostro se había hecho belleza. Luego examiné sus manos lívidas, nerviosas y torturadas, como remordimientos; especialmente aquella mano derecha, en que la Muerte parecía haber dejado una llave...

La Sansori examinó uno á uno mis distintos departamentos, que por azar rarísimo iban casi vacíos, y fué á instalarse en el mismo precisamente donde pronto haría un año apuñaló á su amante. ¿Quién la guió allí? ¿Por qué eligió aquel compartimiento y no otro? ¿Fué casualidad, ó resultado de esas atracciones subcons-

cientes que los objetos, testigos de un crimen, ejercen sobre el criminal?... Y, ante esas coincidencias alucinantes, ¿quién negaría que, desde que nace cada alma lleva en sí su destino?...

Pasada la estación de Sitjes, Emma Sansori comenzó á darse cuenta de dónde estaba. Durante larguísimo rato había permanecido inmóvil, el mirar perdido en el espacio. De súbito la estremeció el choque de un recuerdo y miró en torno suyo. Después se levantó, lanzó una ojeada rápida al desierto corredor, cerró la portezuela y volvió á sentarse. Dos veces cambió de lugar. Yo, que no cesaba de observarla, comprendía que su nerviosidad iba en *crescendo* alarmante. Aproximóse al sitio que Del Rey ocupó, y lo examinó cuidadosamente; luego miró la alfombra, en la que aún subsistía, aunque muy desvanecida, la huella de la sangre mal borrada, y sus manos hicieron un ademán de espanto; sobre el manto que cubría su cabeza, sus manos de cera se crisparon agonizantes. Con el ansia de ver mejor, se hincó de rodillas en el suelo. Entonces comprendió: aquella mancha era de sangre; de la sangre que ella adoró y por la que hubiera dado la suya..., y lanzó un grito.

Se levantó y su figura enlutada pareció alargarse y tocar el techo. En sus ojos desorbitados la Locura había encendido sus luces amarillas. La Sansori quiso escapar al corredor y tropezó con la puerta, y la rudeza del golpe la derribó sobre el diván. Por segunda vez intentó salir, y volvió á chocar contra el recio cristal y á caer. Pareciéndole que unos brazos invisibles la sujetaban por detrás, revolvióse súbitamente. Juntó las manos; sus labios exangües temblaban, y se derrumbó de hinojos.

—Antonio... Antonio... Antonio...—balbuceó tres veces.



Después, de un salto, se incorporó, abrió la puerta y salió al pasillo. Miró á un lado y otro: nadie. Parecía haber recobrado su serenidad.

—Va á suicidarse—pensé.

Y en el acto me convencí de haber acertado. Iba á suicidarse. Hay momentos en que los pensamientos adquieren tal intensidad, que son visibles sob e las frentes como un cartel pegado á un muro.

Emma Sansori ganó mi plataforma delantera, abrió la portezuela contraria al lado de la entrevía, y con un fuerte salto se lanzó al espacio. Ibamos cruzando un puente. La enorme ráfaga de viento que levantaba la marcha del tren la arrancó el manto y esparció sus cabellos dorados. Instantáneamente su cuerpo, vestido de negro, se borró en la infinita opacidad de la noche; no así sus cabellos que vi flamear unos segundos, semejantes á una llama, en la inmensa tiniebla, y fueron como un coágulo de sol que bajase al abismo.

¿Qué hacer?...

El expreso, en aquellos momentos, corría á más de ochenta kilómetros por hora.

FIN

La Novela Semanal

Agotada la copiosa tirada que hicimos de nuestro primer número

"PUESTA DE SOL"

POR

Vicente Blasco Ibáñez

preparamos activamente la segunda edición, que se pondrá á la venta dentro de breves días.

Los pedidos que han dejado de ser atendidos por nuestros corresponsales y por nuestra propia Administración, serán, pues, servidos dentro de brevísimo plazo.





PRENSA GRÁFICA

Apartado 571

MADRID